

Transmitir la fe: condicionantes socioculturales

Casimir Martí

En la actualidad, la tarea de transmitir la fe se encuentra seriamente condicionada por la estructura social y cultural en que se encuadran tanto los "transmisores" de la fe como los destinatarios de la "transmisión". El presente escrito, elaborado sobre la base de las aportaciones de cinco miembros del Consejo de Redacción de "Frontera" (Ximo Adell, Antonio Albarrán, Angel Arrabal, Jesús García y Leticia Sánchez, por estricto orden alfabético), trata de poner de manifiesto algunos de dichos condicionantes. En primer lugar, los que aparecen al establecer una correlación entre saltos demográficos y diferencias generacionales, por una parte, y por otra, a) la pirámide de edades de la población en general y b) las características socioculturales del conjunto de individuos de nuestra sociedad en el ejercicio de la función de "transmitir" la fe o de ser receptores de la "transmisión". En segundo lugar, los condicionantes que se ponen de manifiesto al tomar en consideración ciertos rasgos particulares de la experiencia religiosa de determinados cristianos en nuestro país durante las últimas décadas transcurridas hasta hoy.

Casimir Martí (Barcelona) es historiador y director de FRONTERA.

Condicionantes a la vista de la pirámide de edades

Para esta parte del presente escrito, Angel Arrabal ha seguido las huellas del economista Alvaro Espina quien, en un artículo titulado *Las generaciones en el poder* ("El País", 20.7.2000, ps. 13-14), trataba de interpretar el papel de cinco grandes grupos generacionales en el gobierno de la democracia española. Arrabal ha hecho suya la división en cinco grupos generacionales, para detectar en cada una de ellas la situación religiosa en que se hallan globalmente los bloques de ciudadanos que las integran, y, además, a partir de fuentes del Instituto Nacional de Estadística, fechadas en 2002, ha actualizado debidamente los datos relativos al número de individuos que componen cada generación.

Se atribuye al término "generación" a un grupo de edad cuyos componentes tienen en común condiciones culturales semejantes y han compartido experiencias significativas en la misma etapa de su vida. Para encuadrar cronológicamente a las diversas generaciones, se recurre a la clásica división en períodos de quince años. Partiendo de estos presupuestos, nos encontramos en la zona alta de la pirámide de edades a los nacidos antes de 1931 que, en la actualidad, son más de cuatro millones, con una edad superior a los 70 años. En ellos, sin duda, la guerra civil, que ensombreció su infancia y adolescencia, dejó una marca decisiva.

Vienen a continuación los nacidos entre 1931 i 1945. En la actualidad son unos seis millones a punto de jubilarse. Como generación, sufrieron de lleno los avatares de la posguerra, con su nacionalcatolicismo y sus seminarios abarrotados hasta la mitad de los años sesenta, y al mismo tiempo, con las grandes migraciones desde las áreas rurales a las grandes ciudades de España y a Europa. De este grupo de edad surgieron en los años setenta los principales protagonistas políticos de la transición. A este grupo pertenece el mayor contingente de curas y obispos en activo.

La generación de los nacidos entre 1946 y 1960 empieza a ocupar la zona central y más amplia de la pirámide. Son casi

siete millones y han vivido una transformación bastante radical entre las utopías de su juventud y el pragmatismo del momento presente, en el que, por cierto, ocupan los puestos de mayor relieve y poder. Constituyen una generación bastante secularizada, pero muy ideologizada.

Inmediatamente después, viene la generación más amplia de los nacidos entre 1961 y 1975, que son ahora más de nueve millones y han vivido, aunque quizás no protagonizado, grandes cambios en la estructura social y cultural: multiplicación de la población universitaria, cambios decisivos en el papel social de las mujeres, precarización del empleo, retraso en la emancipación con respecto a la familia, aumento del abuso de drogas. Esta generación, que se alejó masivamente de la Iglesia, vuelve con muchos recelos y de forma ocasional, en particular para la primera comunión de sus hijos.

A partir de aquí, la pirámide se estrecha y aparecen las generaciones en las que, en el esquema tradicional, habría que transmitir la fe. Los nacidos entre 1976 y 1990 son menos de ocho millones y se encuentran mayoritariamente escolarizados en enseñanzas medias o en la Universidad. Estos adolescentes y jóvenes reflejan las profundas transformaciones que se iniciaron en la década de los ochenta, como el descenso de la natalidad en España, el crecimiento del número de madres que trabajan fuera de casa y el hecho de ser la primera generación que ha tenido escolarización plena y ha inaugurado todos los tramos de la reforma educativa, que ahora se trata de volver a remodelar. Este grupo de edad, con más comodidades en casa y con menos hermanos, o ninguno, ha pasado frente al televisor y la videoconsola una quinta parte de su vida. Este hecho seguramente impregna gran parte de su percepción del mundo, y hace de ellos unos expertos consumidores de "marcas" de todo tipo y de novedades informáticas. En términos generales, apenas han tenido socialización religiosa, por abstención familiar, por vacío escolar y por falta en las parroquias de transmisores de la generación anterior, cercanos a su edad.

Más abajo, la pirámide sigue estrechándose en los niños y niñas menores de 10 años, aunque en las últimas cohortes aparece un repunte de natalidad que, en gran parte, se debe a los hijos de inmigrantes, otro componente nuevo y de importancia creciente en nuestra estructura social.

Frente a estas características y peculiaridades de la pirámide de edades, tenemos en la Iglesia a un conjunto de fieles que mayoritariamente superan los 50 años o están por debajo de los 10, con una ausencia significativa de los grupos de edad entre los 20 y los 50 años, a los que corresponde la mayor movilidad y creatividad social, y que suman la mitad de la población española. A esta peculiar adscripción de edades en los fieles corresponde una agrupación de edades más llamativa aún en clero que, en sus tres cuartas partes, se acerca a la edad de jubilación o la supera, con una crisis de vocaciones que dura veinticinco años y que se va recubriendo con la presencia cada vez mayor de grupos de carácter involucionista y sectario.

La mayoría de fieles que acuden a nuestras misas superan los 50 años o tienen menos de 10

Factores socioculturales condicionantes

Arrabal observa que, junto al desequilibrio generacional descrito, en las quejas de la mayoría de los párrocos y en la simple observación del público que acude a las parroquias, se pueden comprobar y analizar fácilmente otras barreras menos visibles que separan a los distintos grupos de edad. Y señala tres de ellas, a título de ejemplo. Las diferencias de significación que adquiere el lenguaje religioso y que se atribuye a la percepción de un universo simbólico religioso, en los que los jóvenes no han sido iniciados. La pérdida de prestigio de algunas actitudes y valores,

como el compromiso permanente, el sentido del deber, la militancia comunitaria o el sacrificio personal, que formaban parte de la pertenencia eclesial en épocas anteriores. La transformación imparable que nuestra incorporación reciente a un mundo rico y globalizado produce en el entramado profundo de los anhelos y expectativas, que se van haciendo más banales y conservadoras.

Estas diferencias en lenguajes, actitudes y expectativas crean situaciones difíciles de integrar. Por ejemplo, las generaciones más jóvenes muestran una gran dificultad para aceptar, en su tiempo libre y en su participación en la vida de la Iglesia, responsabilidades que no sean estrictamente consensuadas y susceptibles de ser cambiadas por un nuevo consenso, o simplemente abandonadas, sin que esto suponga ninguna sensación de haber faltado. Algo así como "participo mientras me divierte". Este tipo de indisciplina infantil choca no sólo con el contenido doctrinal y moral de cualquier Iglesia, sino sobre todo con cualquier estructura organizativa, sacramental o catequética, que no puede someterse a un régimen de cuestionamiento permanente

Conviven, pues, en la Iglesia una generación dominante, cuyas raíces generacionales se forjaron en el compromiso, en la responsabilidad y en la resistencia, y por la parte de abajo, una masa de cristianos más individualistas y menos comprometidos, que se han acostumbrado a esperar respuestas en vez de darlas. De otro lado, la continua crítica antijerárquica, de que desde hace décadas ha hecho uso dicha generación dominante, no han impedido que, a su vez, las generaciones más jóvenes vean a los que integran la otra generación como autoritarios, dogmáticos e incapaces de abandonar su "poder" que, en el marco organizativo parroquial y local, puede ser absoluto.

Por último, Arrabal subraya que, en una cultura cada vez más amañada y virtual, la palabra directa, el testimonio, ha perdido su sacralidad, porque el oyente no quiere investigar las cosas a fondo y, en el mercado revuelto de los mensajes, ya no hay garantía de que el mensajero sea fiable, con lo que la credibilidad del mensaje se difumina.

Microclimas

Las otras aportaciones de miembros del Consejo de Redacción se apartan de las consideraciones en torno a grandes magnitudes y se refieren a experiencias, exitosas o más o menos frustradas, de transmisión de la fe, vividas en medios muy concretos. Las mediaciones tomadas en consideración, en aquellas experiencias, como cauces efectivos o fracasados en la transmisión de la fe son dos: la Iglesia tal como se presenta en sus manifestaciones públicas y oficiales; y determinados colectivos, como la familia u otros grupos, tanto espontáneos como más o menos estructurados. A la hora de realizar el ensamblaje, la diversidad de estilos en que se expresan Ximo Adell, Antonio Albarrán, Jesús García y Leticia Sánchez y el carácter marcadamente personal de sus aportaciones han aconsejado, por una parte, homogeneizar el relato para que gane en fluidez, y por otra, citar de manera diferenciada dichas aportaciones, sin ir asignando nominalmente cada una de las afirmaciones a su autor respectivo.

La imagen pública de la Iglesia

Tres son los comunicantes que señalan a la Iglesia jerárquica como obstáculo, o por lo menos como factor opaco, en la función de transmitir la fe. Uno de ellos se siente mayormente como "cristiano sin Iglesia", una autodefinición que suscita el recuerdo de los anacoretas, pero sin desierto y en el trajín urbano. Las manifestaciones de la jerarquía suelen resultarle "provocativas": "me provocan y encorajan tanto, que podría sospecharse que no me he liberado todavía". Reconoce, en todo caso: "También he dicho muchas veces que la Iglesia no son los obispos, los curas, el Vaticano, las grandes corporaciones eclesíásticas, los Escrivá de Balaguer, y hasta la reina Isabel la Católica, que ni se lavaba. Infinidad de veces lo hemos dicho. Pero ellos son los que se quedaron con la patente". Y se pregunta: "¿Ha sido alguna vez la Iglesia una referencia comunitaria en la que

poder colgar la propia experiencia creyente en Jesús de Nazaret?". El mismo comunicante admite que está en relación con un grupo que se profesa cristiano, que ese grupo tiene "una marcha cansina, poco brillante", sin dejar de ofrecer "de vez en cuando una 'experiencia' de fe", y que se integra en el grupo "como participante medianejo", con la particularidad de que esa participación "tiene cimientos en esa inmensa multitud dispersa, y hasta innumerable, de gentes con quienes he compartido muchas cosas y algo o mucho de fe en la vida".

"La institución eclesiástica" aparece asimismo en otra aportación como piedra de tropiezo. "Con frecuencia surge el reproche de los

jóvenes: ante una Iglesia 'así', ¿qué sentido tiene permanecer en ella?". Se cree en "esa" Iglesia concreta, formada por el grupo cercano, pero no en "la" Iglesia. Se apunta aquí "el riesgo de sectarización" y surge la pregunta: "¿Cómo hacer plausible la Iglesia a los jóvenes, y menos jóvenes?". La misma aportación da por supuesto que el imaginario y el lenguaje con que de ordinario se expresa oficialmente la Iglesia (uno piensa en las oraciones del misal) no consigue expresar adecuadamente los contenidos de la fe. "Los adultos carecemos de lenguaje apropiado para actualizar, por ejemplo, el 'más allá'. (...) Emplear un lenguaje (simbólico, relatos...) con fidelidad a la Tradición y capaz de comunicar la experiencia cristiana de forma inteligible a las personas de hoy es urgente si no queremos acabar en la más total indiferencia".

Este mismo comunicante se refiere a otro aspecto ambiguo, que el modo de proceder de representantes emblemáticos de la

¿Qué sentido tiene permanecer en una Iglesia así?

institución eclesiástica introduce en el panorama de la transmisión de la fe. Dice así: "Me interpela la presencia multitudinaria de jóvenes convocados por el papa y el gancho de éste entre ellos. ¿Nostalgia de una Iglesia de cristiandad?". Tal vez sería bueno, al margen del contenido del escrito del comunicante, no dejar esta experiencia de interpelación sin un complemento reflexivo, extraído del libro de Juan Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea* (Santander 2002), tan abundantemente y tan acertadamente citado en el presente número de "Frontera": "A este respecto, confieso que no sé cómo interpretar, ni me atrevo a valorar, los muchos esfuerzos que se hacen, en una Iglesia ya minoritaria y notablemente envejecida, por convocar a los fieles, aprovechando toda clase de ocasiones, a hacer acto de presencia masiva y dejar constancia -o dar la impresión mediante un hábil manejo de los medios de comunicación- de unas fuerzas que después parecen esfumarse al contacto con la vida diaria. Parece como si olvidásemos que las semillas no están para ser expuestas en grandes montones, sino para ser esparcidas por los campos del mundo y germinar en nuevas formas de vida en la sociedad" (p. 139).

La influencia de ciertos colectivos

En concreto, la de cuatro familias practicantes en relación con sus hijos. Dichas familias están relacionadas con una parroquia y se manifiestan conscientes de su falta de preparación para ser padres y de su proclividad a pasar del autoritarismo a la permisividad. Los hijos, en la etapa de la infancia, han participado en la iniciación sacramental (bautizo, primera comunión, confirmación) y en las misas parroquiales. En familia, han sido frecuentes las conversaciones en torno a valores religiosos, sin dejar de lado la referencia concreta "a Jesucristo, el Resucitado, nuestro hermano mayor". Llegada la adolescencia, "comienzan las salidas nocturnas de fin de semana, con sus liturgias laicas de concentración en lugares específicos, encuentros en pandilla, bebidas alcohólicas, regresos de madrugada"; "disminuye la

influencia familiar y crece la de los amigos, los iguales, la pandilla"; "empieza la resistencia o negativa a asistir a Misa (...); en los padres surge el disgusto o la contrariedad: unos, más permisivos, les dejan en paz", mientras "otros insisten o presionan con razones (...)" y "suelen negociar la asistencia a Misa en fechas significativas litúrgicas o familiares". No rehusan a insistir ante los hijos en "la responsabilidad en horarios, estudios (...); ser sensatos, tener control respecto a la bebida; la fuerza de voluntad, saber decir 'no', nadar contra corriente; la austeridad en compras, consumo; la solidaridad con los pobres, con los compañeros; el respeto a la naturaleza, a la vida".

En conclusión. Una de las familias, al sentirse muy cuestionada por uno de sus hijos, cae en la cuenta de que no hay que "anclarse en la propia experiencia ni imponer moldes a los hijos u obligarlos a seguir su camino [el de los padres], sino aprender de ellos, que tienen que hacer su propio camino y, en él, encontrar a Dios", en una religión más personalizada. En el conjunto de las cuatro familias, se reconoce por parte de los padres que, en la transmisión de la fe, cuenta su propia vivencia de la misma fe, "lo que los hijos ven" en ellos, mucho más "que lo que se les dice", y que han aportado "nuestras creencias y valores, las palabras y rituales de nuestra tradición cristiana, que pueden ayudarles a expresar sus sentimientos religiosos profundos". Entre los hijos, ya crecidos, se constata: "tienen una formación religiosa básica; afirman que creen en Dios y tienen unos valores importantes en su vida; no tienen una práctica religiosa habitual, pero cuando acuden en la parroquia a funerales, bodas, primeras comuniones..., les llega al alma; valoran la Iglesia solidaria y misionera, no la jerárquica; tienen un sentido más social y menos religioso del pecado".

También en el ámbito familiar, presentado en un marco social y eclesial muy específico, hay una aportación que narra una experiencia vivida en la época del postconcilio. Hubo entonces una reacción contra la religiosidad preconiliar, "que invadía todos los órdenes de la vida y de las personas", de

manera que, quien "no participaba de este universo era un marginado religioso y social". Esta reacción es así descrita: "En los años setenta, no estudiamos el catecismo, (...) no se enseñaba a rezar ni en el colegio, ni en la familia, ni en los grupos; recuerdo que jamás recé con mis padres, porque al parecer se puso en boga el no enseñar a orar a los niños, porque podía ejercerse una presión sobre ellos, (...) no se enseñó a leer la Biblia". El contexto en que esto ocurría, se presenta así: "Muchos padres tuvieron que hacer un esfuerzo para no enseñar a rezar a sus hijos o, todavía peor, sufrieron una profunda inhibición. (...) Estaban cons-

En los años setenta los militantes, por reacción, no enseñaban a sus hijos a rezar

ternados y confundidos (...) al cabo de muchos años de reuniones, compromisos políticos, diálogos, crítica radical a tiempos anteriores, interés por construir algo totalmente diferente a su educación de los años cuarenta. (...) La transmisión de la fe giraba sobre cuestiones como la libertad, la alegría, la educación sexual, la justicia social, el compromiso político, etc."

A los adolescentes y jóvenes que vivieron esta experiencia, se les quedaron en el camino cosas muy valiosas. Se les "transmitió una fe hueca de contenidos [específicos], vacía de sentimientos y con una dimensión celebrativa que entra en la estética de lo feo: toda nuestra vida, desde los siete años, se nos obligaba a tocar las guitarras sin posibilidades de que gustara otra cosa". En resumen: "Siempre decimos que creemos de milagro, y es que, [con] las prácticas que se pusieron en marcha en el postconcilio", se perseguía "sacudirse la frustración de una fe transmitida a machamartillo y, precisamente, se creyó firmemente que se había alcanzado poco menos que la perfección, que la gente a partir de ese momento jamás tendría frustraciones

de ningún tipo, que todo sería perfectamente integrado, y no se pensó que todo tiene sus puntos flacos y sus debilidades, y que nadie está libre de ser criticado por el que venga después".

A partir de esta última reflexión, se indican algunas consecuencias de la trayectoria descrita: "El hecho es que el desconcierto, el alejamiento abúlico del mundo religioso, etc., han sido un magnífico campo para que todos los movimientos neoconservadores se lancen en barrena a recuperar terreno y a salvar la cuestión. El panorama no puede ser peor, porque nadie imaginó que se pudiera volver a tiempos preconciarios en muchos aspectos".

Consideraciones finales

1. Como ya se ha advertido en la introducción, se han acoplado en este escrito materiales de naturaleza diversa. De un lado, se han recogido en la primera parte datos estadísticos, globalmente objetivos. En una primera elaboración, estos datos han sido ordenados por bloques generacionales. Advertencia: ordenar es ya interpretar. Luego, en un segundo momento, se han introducido otras reflexiones interpretativas, con el firme propósito de ceñirse a significados derivados estrictamente de los mismos datos. El objetivo de la presentación de estos datos y de las intervenciones interpretativas ha sido dibujar algunos trazos característicos del contorno sociocultural en que nos hallamos insertos como actores o como receptores de la transmisión de la fe.

En la segunda parte, se han incorporado datos procedentes de la experiencia que, por un lado, responden a la dimensión testimonial de la comunicación de la fe, y por otro, se expresan en un doble discurso, descriptivo e interpretativo, que transporta una congénita carga emocional. En este contexto, me resulta difícil reprimir el impulso de reproducir lo que expresa el comunicante que alude a la higiene personal de Isabel la Católica, al referirse a su experiencia de la fe en una comunidad con "mar-

cha cansina": "Me gustaría de golpe una conversación con Urbina, con Eugenio Royo". Con estos datos experienciales, la vivencia generacional de la crisis de la transmisión de la fe, presentada en la primera parte, queda ilustrada con ejemplos. Además, las experiencias, junto con las interpretaciones anejas, ofrecen a los lectores referencias útiles para identificarse parcial o totalmente con ellas, o para sentirse parcial o totalmente distantes. De esta manera, la porción de subjetivismo acumulada en las expresiones que reflejan la experiencia introduce, o refuerza, en los textos una cierta dinámica interactiva.

2. Segunda consideración. Del libro más arriba citado de Martín Velasco, recojo en préstamo tres indicaciones sobre las características socioculturales del mundo en que vivimos, elegidas entre otras muchas de valor igual o superior. Entre paréntesis, incluyo la mención de las páginas de dicha obra en que estas indicaciones se encuentran expuestas con más amplitud.

a) La religión ha dejado de ser un factor determinante en la organización de la vida social y personal, el horizonte en el cual se inscribían todos los otros aspectos de la existencia. Las generaciones jóvenes, mayoritariamente, realizan el proceso de incorporación en la sociedad y de apropiación de la cultura sin contacto con la religión o, por lo menos, sin que la religión forme parte de los contenidos en los que los jóvenes se integran en la sociedad y sin que la religión intervenga en este proceso de integración (43-45).

b) Se ha convertido en predominante la tendencia a acentuar la autonomía del individuo, la importancia atribuida a la propia realización, al despliegue de la propia personalidad, frente a las pretensiones de las diferentes autoridades, principios e instituciones, de regular los comportamientos. Cada sujeto tiende a regular sus criterios de comportamiento y sus prácticas, con elementos tomados de diferentes tradiciones culturales (47-48).

c) En la sociedad en general, y en la Iglesia en particular, ha entrado en crisis la función de transmitir valores y de facilitar la comunicación entre generaciones. Ha ido quedando descalifica-

da la pretensión de establecer códigos globales de sentido, capaces de dar coherencia a la totalidad de la experiencia humana. Ha adquirido predominio la experiencia del presente y del instante, que hace imposible la referencia eficiente a un patrimonio cultural compartido y a la memoria colectiva. La "destotalización de la experiencia humana" da origen a "sociedades amnésicas", incapaces de recurrir a la memoria colectiva, portadora de sentido para el presente y para el futuro. Se han ido perdiendo las imágenes y los símbolos que hacían posible la sensación de continuidad y de estabilidad en las pertinencias familiares, locales y culturales. (40-43).

3. Por último, ante una crisis sociocultural de la envergadura de la hoy estamos experimentando, todo parece indicar que, en la tarea de comunicar la fe, de iniciar en ella, de transmitirla, de anunciar el Evangelio, adquiere otra vez un papel decisivo el testimonio de las personas y de los grupos creyentes. El acercamiento testimonial, situado en el terreno de la experiencia humana y religiosa, y no en el de las ideologías ni en el de las tentativas de encuadramiento, es capaz de establecer una plataforma común de contacto y de superar, o de dejar a un lado, las barreras culturales que separan las generaciones entre sí.